

CAPÍTULO II

Asedio de Palea frustrado. – Disparidad de opiniones sobre el camino que había de tomar el rey. – Decisión de pasar a Etolia el teatro de la guerra. – Saqueo de esta provincia. – Desprevención de Termas.

Atento Filippo a que el sitio era el más oportuno para la reunión de los aliados, y su emplazamiento el más ventajoso para ofender a los enemigos y auxiliar a los suyos, deseaba con ansia reducir esta isla bajo su dominio (año -219). Habiendo advertido que todos los otros lugares de la ciudad se hallaban defendidos o por el mar, o por los riscos, y que sólo por el lado de Zacinto había un corto espacio de terreno llano, pensó por esta parte arrimar las baterías e insistir en el ataque. Ocupaban estas disposiciones su atención, cuando arribaron quince bergantines de parte de Escerdilledas, que no había podido enviar más a causa de las sediciones y alborotos que se habían originado en la Iliria entre los principales de la nación. Llegó también el socorro prometido de los epirotas, acarnanios y mesenios. Porque éstos una vez tomada Figalea, ya no tenían excusa para eximirse de la guerra.

Dispuesto ya todo para el asedio, y situadas en los convenientes lugares las baterías de ballestas y catapultas para contener a los cercados, el rey animó a los macedonios, avanzó las máquinas a la muralla, y por medio de ellas emprendió las minas. La actividad de los macedonios en estos trabajos fue tal, que en breve quedaron en el aire doscientos pies de muro. Entonces el rey se aproximó a la muralla, e invitó a los de dentro a concertar con él las paces. Mas no haciendo éstos caso, prendió fuego a los puntales, y a su tiempo vino a tierra todo el muro suspendido. Hecho esto, destacó por delante a los rodeleros bajo el mando de Leontio, divididos en cohortes, con orden de forzar la brecha. Pero este comandante, atento a lo que había pactado con Apeles, impidió que tres jóvenes que ya habían superado sucesivamente las ruinas no acabasen de tomar la ciudad. Tenía corrompidos de antemano los principales oficiales, él obraba con indolencia, y aparentaba peligro a cada paso; y así, aunque pudo cómodamente apoderarse de la plaza, al fin fue arrojado de la brecha con mucha pérdida. El rey, viendo tímidos los oficiales y cubiertos de heridas los macedonios, desistió del asedio y consultó con sus confidentes sobre lo que se había de hacer en lo sucesivo.

Para entonces Licurgo irrumpió por Mesenia, y Dorímaco, con la mitad de los etolios, hizo una penetración en la Tesalia, persuadidos uno y otro a que retrae-

rían a Filipo del cerco de Palea. Con este mismo objeto llegaron al rey embajadores de parte de los acarnanios y mesenios. Los acarnanios le instaban a que entrase por la Etolia, corriese talando impunemente todo el país, y de este modo haría desistir a Dorímaco de la invasión de la Macedonia. Los mesenios, por medio de su embajador Gorgo, imploraban su auxilio y le manifestaban que mientras reinasen los vientos etesios era fácil pasar en un solo día desde Cefalenia a Mesenia, de cuyo repentino y eficaz ataque sobre Licurgo le aseguraban un buen resultado. Leontio, atento a su propósito, coadyuvaba con empeño la pretensión de Gorgo. Veía que Filipo vendría a estar mano sobre mano todo el estío, pues aunque la navegación a la Mesenia era fácil, el regreso durante los vientos etesios era imposible. De aquí infería por seguro que Filipo, encerrado en Mesenia con su ejército, se vería forzado a pasar el resto del verano en inacción, mientras que los etolios, corriendo la Tesalia y el Epiro, talarían y arrasarian uno y otro país sin obstáculo. Tales y tan perniciosos eran los consejos que sugerían al rey Gorgo y Leontio. Arato, que se encontraba presente, era del sentir opuesto. Aconsejaba al rey que convenía dirigirse a la Etolia y pasar allá el teatro de la guerra, pues habiendo salido los etolios con Dorímaco a una expedición, era la ocasión más oportuna de invadir y arrasar su país. El rey, que ya se hallaba poco satisfecho de Leontio por lo mal que se había portado en el sitio de Palea, y había llegado a conocer la perfidia con que le había consultado, se atuvo al parecer de Arato. Efectivamente, escribió a Epérato, pretor de los aqueos, para que, tomando tropas de su nación, viniese el socorro de los mesenios; él mientras salió de Cefalenia, y abordó al segundo día a Léucade con la escuadra durante la noche. Dispuestas todas las cosas en el istmo de Doricto, hizo pasar los navíos y tomó el rumbo por el golfo de Ambracia, que corriendo desde el mar de Sicilia se introduce hasta el corazón de la Etolia, como ya hemos apuntado. Al fin de su viaje, fondeó poco antes de amanecer en Limnea, donde mandó a las tropas que comiesen, se aligerasen de la mayor parte del equipaje y estuviesen dispuestas para la marcha. Entretanto, reunió guías del país, se informó del terreno y se enteró de las ciudades próximas.

A la sazón vino Aristofantes, pretor de la Acarnania, con todas las tropas de su nación. Este pueblo había tenido en el pasado mucho que sufrir de parte de los etolios, y deseaba con ansia vengarse y desquitarse de cualquier modo. Por eso entonces, abrazando con gusto la ocasión de auxiliar a los macedonios, habían tomado las armas no sólo los que estaban obligados por la ley a alistarse, sino también algunos ancianos. Igual impulso estimulaba a los epirotas por semejantes causas, bien que por la extensión del país y repentina llegada de Filipo no habían tenido tiempo de reunir sus tropas. Dorímaco había salido a la expedición con la mitad de los etolios, como hemos mencionado, y había dejado la otra mitad, en la inteligencia de que sería lo bastante para guarnecer las ciudades y el país en un caso imprevisto. El rey, habiendo dejado el equipaje con una buena escolta, marchó por la tarde de Limnea, y al cabo de sesenta estadios de camino, hizo alto para que cenase y descansase un rato la tropa; después volvió a emprender la marcha, y sin cesar de andar en toda la noche, llegó a las márgenes del Aqueloo al rayar el día, entre Cónope y Estrato, con el anhelo de arrojarse de repente y de improviso sobre Termo.

Dos motivos hacían creer a Leontio que Filipo conseguiría su propósito y los etolios no podrían evitar el golpe: uno era la pronta e inopinada venida de los macedonios; otro, el que no habiendo sospechado jamás que llegase la temeridad

del rey a arrojarle sobre una plaza tan fuerte como Termo, los cogería descuidados y desprovistos del todo para la defensa. Atento a estas consideraciones, y firme en la traición que había tramado, persuadía a Filipo que acampase sobre el Aqueloo y diese descanso a la tropa, fatigada con la marcha de toda una noche. Su propósito en esto era dar a los etolios una tregua, aunque corta, de prevenirse para la defensa. Arato, por el contrario, conocía que el logro de la expedición era instantáneo, que el consejo de Leontio era un manifiesto retardo, y así protestaba al rey no malograrse la ocasión ni se detuviese. Efectivamente, el rey, ofendido ya de Leontio, abrazó este partido y prosiguió su camino sin detenerse. Atravesó el Aqueloo y avanzó en derechura a Termo, quemando y talando de paso la campaña. Durante su marcha dejó sobre la izquierda a Estrato, Agrinio y Testieo, y sobre la derecha a Cónope, Lisimaquia, Triconio y Fiteo. Una vez llegado a Metapa, ciudad situada sobre las gargantas mismas del lago Tricónide, y distante poco menos de sesenta estadios de Termo, la tomó por haberla desamparado sus moradores, e introdujo dentro quinientos hombres con el fin de servirse de ella como de presidio para la entrada y salida de los desfiladeros. Todas las proximidades del lago son montuosas, ásperas y cubiertas de árboles, de suerte que sólo franquean un paso del todo estrecho y difícil. Atento a esto, emprendió el paso de los desfiladeros, situando a la vanguardia los extranjeros, detrás los ilirios, en seguida los rodeleros y la falange y cerrando la retaguardia con los cretenses. Por el lado derecho marchaban fuera del camino los tracios y armados a la ligera, y por el izquierdo iban defendidos del lago que se extiende casi treinta estadios.

Pasadas estas gargantas llegó el rey a un lugar llamado Panfia, donde, puesta igualmente guarnición, prosiguió hacia Termo por un camino no sólo arduo y demasiado áspero, sino cortado entre elevadas rocas, que a veces sólo permitían un sendero en extremo peligroso y estrecho, cuya subida se extendía casi a treinta estadios. La actividad de los macedonios atravesó estos desfiladeros en tan poco tiempo que llegaron a Termo con muchas horas del día. Sentado aquí su campo, permitió a la tropa que talase los pueblos circunvecinos, que corriese los campos de Termo y que saquease las casas de la ciudad, donde se encontró no sólo cantidad de trigo y demás provisiones, sino inmensidad de muebles preciosos. Porque como los etolios celebraban aquí cada año las ferias y juegos más solemnes y era éste el sitio determinado para sus comicios, había traído cada uno lo más precioso que tenía para su hospedaje y aparato de las festividades. Esto lo hacían prescindiendo de su propia conveniencia, porque creían no poder hallar lugar más seguro. Jamás enemigo alguno había tenido la osadía de poner el pie en semejante sitio, tan fuerte por su naturaleza, que estaba reputado por la ciudadela de toda la Etolia. He aquí por qué después de una paz de tantos años, estaban llenas de inmensas riquezas las casas próximas al templo y los lugares circunvecinos. Cargados los macedonios de un botín inmenso, pasaron allí la noche. Al día siguiente decidieron llevar consigo lo más precioso y rico del despojo; de todo lo demás hicieron un montón a la vista de las tiendas, y lo quemaron. Igual diligencia practicaron con las armas que estaban colgadas en los pórticos; las de más valor las arrancaron y llevaron consigo, otras las cambiaron, y del resto, que ascendía a más de quince mil, hicieron una cima y le prendieron fuego.